

U
r
b
a
n

Tribuna
Tribune



El poder detesta las ciudades-campamento: o la tiranía del espacio abstracto

POWER ABHORS A TENT:
OR, THE TYRANNY OF ABSTRACT SPACE

Don Mitchell*

Fecha de recepción 2012/01/02

PÁGINAS 11-19

RESUMEN

Las personas sin techo han allanado el camino para el movimiento Occupy Wall Street. En este ensayo defiendo que las Ciudades-Campamento de la gente sin techo, siempre sujetas a la destrucción violenta por la policía, representan un modo de toma del espacio para transformarlo de una condición de espacio abstracto afín a la ley capitalista del valor a un espacio diferenciado adecuado a las necesidades de las personas. Al hacerlo, con todo en contra, establecen nuevos cimientos para la lucha de clase contra la abstracción y las violentas fuerzas del capitalismo global. Sostengo que el movimiento Occupy tiene mucho que aprender y mucho que ganar si une sus fuerzas con los ejércitos de personas sin techo que le han precedido en el proceso de aprendizaje de cómo tomar y rehacer el espacio urbano.

PALABRAS CLAVE

Ciudad-campamento, personas sin techo, espacio abstracto, espacio diferenciados, Occupy Wall Street.

ABSTRACT

Homeless people have paved the way for the Occupy Wall Street movement. In this essay I argue that homeless people's Tent Cities, always subject to violent police destruction, represent a mode of taking space and transforming it from abstract space suitable to the law of value in capitalism into differentiated space adequate to the needs of people. In doing so, and against all odds, they establish new grounds for class struggle against the abstracting and violent forces of global capitalism. The Occupy movement, I argue, has much to learn, and much to gain, by joining forces with the armies of homeless people who have preceded it in learning to take and remake city space.

KEYWORDS

Tent City, homelessness, abstract space, differentiated space, Occupy Wall Street

En febrero de 2007, los funcionarios municipales de St. Petersburg, Florida, citando una vieja ley que nunca se había hecho cumplir en la historia reciente y declara ilegal acampar en cualquier lugar de la ciudad (incluso en espacios privados) —amenazando con una multa de 250 dólares al día por violación de la normativa de sanidad— forzaron a la Sociedad San Vicente de Paúl a desmantelar una —ciudad-campamento' situada en sus terrenos que alojaba a unas 140 personas sin hogar¹. Esta ciudad provisional se había creado —a petición de estos mismos funcionarios— hacía algo más de un mes, como alternativa a dos campamentos informales que se habían desarrollado bajo el paso elevado de una autopista cercana. Los funcionarios, policías y trabajadores sociales supusieron que un campamento para personas sin hogar organizado cuidadosamente y supervisado por San Vicente de Paúl acabaría con las quejas de los comerciantes del entorno. Pero como los residentes de la ciudad-campamento de San Vicente (la mayoría de los cuales trabajaba a jornada completa) mantuvieron la auto-organización que había definido a sus campamentos bajo los pasos elevados —firmando contratos por los que se comprometían a realizar cuatro horas semanales

* Distinguished Professor, Department of Geography, Syracuse University (Nueva York, EE.UU.), dmmittc01@maxwell.syr.edu.

¹ La descripción de las ciudades-campamento de St. Petersburg se ha reconstituido a partir de más de cincuenta noticias, publicadas entre finales de 2006 y mediados de 2010, principalmente en el *St. Petersburg Times*; se puede solicitar al autor una bibliografía completa o copias de los artículos. El video de Youtube que se nombra más adelante está disponible en: http://www.youtube.com/watch?feature=player_detailpage&v=LrPdZmPB36U.

✦ Ref. bib.: MITCHELL, Don (2012) "Revueltas: la otra globalización urbana", *Urban NS03*, pp: 11-19.

de trabajo comunitario (limpiando los baños, manteniendo el terreno limpio, cortando el pelo, mediando en conflictos, etc.)— el ayuntamiento retiró su apoyo previo a este espacio, declaró una “crisis”, y exigió su cierre. Incapaz de afrontar las multas con las que se le amenazaba, San Vicente acató la orden. Muchos de los desalojados volvieron al paso elevado y restablecieron sus primeros campamentos. Otros desaparecieron en los intersticios urbanos que son el hogar de tantas personas en los Estados Unidos, un país que desde hace 30 años no encuentra solución para un número creciente de personas sin hogar.

Una noche, dos hombres sin hogar que vivían en la calle sin la seguridad que ofrece una ciudad-campamento organizada, fueron asesinados, probablemente por la única razón de ser vulnerables frente a los matones que parecen divertirse con una violencia tan sádica. Cada vez más personas sin hogar buscaron la relativa seguridad de los campamentos bajo la utopista. La respuesta de la policía fue realizar redadas en los campamentos, utilizando cúters para cortar los anclajes de las tiendas, hacerlas jirones y confiscarlas junto a otras pertenencias de las personas que vivían en ellas. La policía alegó que los campamentos violaban la normativa de incendios aunque nunca estuvo realmente claro que esa normativa se pudiera aplicar y que tuvieron que entrar con toda la fuerza de la ley y rajar rápidamente las tiendas para evitar “altercados físicos” con los residentes. La jugada resultó contraproducente. No sólo hizo que algunos ciudadanos compasivos donaran inmediatamente nuevas tiendas, permitiendo a los residentes restablecer su ciudad-campamento, sino también que se multiplicaran rápidamente las descargas en *Youtube* de videos que mostraban la violencia policial, dejando en evidencia a los funcionarios municipales. Por lo tanto, una vez más, se volvió la vista a San Vicente de Paúl y se le pidió restablecer el campamento en sus terrenos, lo que hizo, aunque esta vez bajo reglas muy estrictas que prácticamente despojaron a todos los residentes de la autonomía que se da por supuesta a la mayor parte de los adultos: por ejemplo, se estableció un toque de queda prohibiendo a los residentes permanecer fuera del campamento después de medianoche y antes de las seis de la mañana — aunque fuera por motivos de trabajo; además tenían que llevar signos de identificación en todo momento; no podían beber alcohol o estar borrachos; de este modo se anuló la autogestión propia de los campamentos anteriores.

Ante la oposición al restablecimiento de la ciudad-campamento de San Vicente de Paúl, los funcionarios municipales en colaboración con un consorcio de entidades asistenciales (liderado por San Vicente), comenzaron a buscar una solución permanente al problema de las personas sin hogar en la ciudad. Finalmente consensuaron un plan para construir un gran campamento vallado, en un descampado sin uso a 10 millas (16 kilómetros) de la ciudad — un lugar «tan alejado del camino que nunca lo verás a no ser que lo busques», en palabras de un planificador. Regido por normas incluso más estrictas que las del campamento de San Vicente, esta nueva ciudad-campamento semi-rural (o con más exactitud, este campo de concentración de personas sin hogar, dado que todos los residentes potenciales eran sometidos a la ‘comprobación de antecedentes’ y el perímetro estaba patrullado las veinticuatro horas del día por guardias de seguridad) se llamó “Pinellas Hope” (St. Petersburg se encuentra en el condado de Pinellas), y en un principio estaba formado por 125 tiendas de campaña (que alojaban a 225 personas), tres edificios modulares donados por el distrito escolar en los que se situaron una lavandería, una cocina, y unas oficinas administrativas, y dos grandes tiendas comunitarias utilizadas como comedor y lugar de encuentro. Al igual que ocurría en San Vicente, Pinellas Hope tenía un estricto toque de queda y reglas contra el alcohol y las drogas. Funcionaba bajo una política de tolerancia cero: un error o infracción de un residente significaba su expulsión. Los residentes también podían ser expulsados si «no mostraban signos de progreso» hacia la “autonomía” definida por las asociaciones asistenciales. Con el paso de los años, Pinellas Hope ha reducido su tamaño (hasta 70-100 residentes) y muchas tiendas se han reemplazado por barracones prefabricados. Considerado como un gran éxito por sus gestores (incluido San

Vicente de Paúl) y por el ayuntamiento, cuenta actualmente con un presupuesto anual de unos dos millones y medio de dólares: unos 25.000 dólares por residente por año — para un espacio de acampada. Como Pinellas Hope se ha llegado a considerar una “solución” permanente al problema de las personas sin hogar en St. Petersburg, el ayuntamiento y la policía han adoptado leyes aún más duras contra aquellos que siguen durmiendo en la calle o en sus propios campamentos autogestionados. Por ejemplo, la ley de St. Petersburg hace que actualmente la policía pueda confiscar las propiedades de las personas sin hogar sin tener prácticamente que justificarlo y sin ninguna garantía. Según un miembro del ayuntamiento, leyes como ésta son necesarias porque en St. Petersburg, «la gente está realmente cansada de estos payasos» — los ‘payasos’ son, para él, las personas sin hogar que buscan ejercer al menos un poco de control sobre sus propias vidas en un ambiente hostil, creando ciudades-campamento autónomas y auto-organizadas, que no funcionan bajo los dictados de la caridad paternalista ni de un modo de gobierno basado en la revisión de antecedentes y en los guardias de seguridad, sino bajo el imperativo de la ayuda mutua.

Unos tres millones y medio de personas en los Estados Unidos dormían en la calle en el transcurso del año 2009; más de setecientos cincuenta mil personas durmieron en la calle de forma ocasional. Las estimaciones apuntan que entre 2008 y 2009 la población sin hogar aumentó en un 3%; y la cantidad de familias sin hogar creció un 4%. De estos, cuatro de cada diez viven en la calle, en coches, o en otro lugar no destinado al alojamiento humano —los demás viven en albergues, asociaciones de caridad, y similares. Otros seis millones de americanos viven con otra familia— compartiendo viviendas en condiciones de hacinamiento con familiares o extraños, sobrepasando los niveles de ocupación. Esta situación se ha incrementado un 12% entre 2008 y 2009 (en el estado de Rhode Island, asolado por la recesión, la población en condiciones de hacinamiento aumentó en un 90%). De las personas que comparten vivienda, uno de cada diez se encontrará literalmente sin hogar en el transcurso del año. El número de personas sin hogar de manera crónica permaneció estancado en 2009, a pesar de que hubo un incremento del 11% en la disponibilidad de vivienda social para este subgrupo de población, como parte de la iniciativa, relativamente nueva, “Housing First”².

Estas son estimaciones conservadoras³. Se dice, sin embargo, que la estimación conservadora de tres millones y medio de personas sin hogar al año al final de la primera década del siglo veintiuno coincide aproximadamente con las estimaciones más desfavorables realizadas en el comienzo de la ‘crisis de personas sin hogar’ en los Estados Unidos a principios de los 80. Este fenómeno, por tanto, debe entenderse como una *condición permanente* de la economía capitalista estadounidense (permanente y en aumento), más que como una aberración o un resultado de la recesión económica, aunque las cifras puedan aumentar durante periodos de crisis económicas.

El fenómeno de las personas sin hogar es la cara harapienta pero reveladora de la desigualdad de la ciudad estadounidense, es la parte visible del gran cuerpo sumergido de una pobreza que continúa creciendo, independientemente de la riqueza superficial del “país más rico del mundo” —un país en el que el coeficiente de Gini, que mide la desigualdad, ha crecido desde más o menos un 40 en 1970 hasta alcanzar un pico de 47 en 2006, mante-

² Estadísticas de Williams Sermon & Witte (2011). Para profundizar en Housing First, y para una geografía histórica más amplia del fenómeno de los sin hogar en Estados Unidos, ver Mitchell (2011); consultar también Mitchell & Heynen (2009).

³ Estadísticas como ésta suelen ser poco fiables —no hay una manera adecuada de realizar un censo de personas sin hogar— y casi siempre el resultado está por debajo de la realidad. Como puntualiza el informe citado en la nota 2, los jóvenes no tienen apenas representación en los recuentos de personas sin techo. También se da el caso de que no se incluyen estimaciones de los inmigrantes indocumentados sin hogar —entre ellos los ejércitos de trabajadores migratorios parcialmente sin vivienda.

niéndose prácticamente fijo desde entonces (actualmente es de 46,9). Los estados con mayor población sin hogar, como Florida, California y el distrito de Columbia, tienen tendencia a poseer coeficientes de Gini bastante por encima de la media estadounidense: por ejemplo, Washington DC, completamente gentrificada y reciente ciudad de moda, cuenta con una enorme población sin hogar para una localidad de su tamaño y lidera el grupo con 53,2; y Nueva York, donde la hija de un magnate ruso acaba de comprar el apartamento del financiero Simon Weil en Central Park por 88 millones de dólares, tiene actualmente un coeficiente de 50,4.

En otras palabras, treinta años de políticas punitivas contra las personas sin hogar y los pobres⁴; la enorme expansión de un sistema de viviendas públicas entendidas básicamente como prisiones; innumerables experimentos policiales que van desde el desarrollo en 1990 de sucesivas políticas de asistencia social que premiaban con viviendas el buen comportamiento (asistencia a programas de adicciones o de orientación laboral, toma de medicamentos siguiendo un calendario regular), hasta la iniciativa más reciente, Housing First, que da la vuelta a la ecuación y asume que la vivienda estable es una precondition necesaria para el buen comportamiento; así como todo el trabajo realizado por asociaciones caritativas (paternalistas o no), todo ello no ha tenido absolutamente ningún efecto en la implacable producción de personas sin hogar en los Estados Unidos, excepto quizás para empeorarla. En otras palabras, el fenómeno de las personas sin hogar no es un símbolo de disfunción en la economía política, sino más bien de la economía funcionando como debe. Las personas sin hogar son la manifestación más visible del enorme ejército de mano de obra de reserva que demanda el capitalismo. El fenómeno de los sin hogar confirma la ley general de la acumulación capitalista de Marx: que la acumulación de capital en un polo *es* la acumulación de miseria en el otro.

Pero la ley general de la acumulación capitalista es algo frágil, una *conquista de clase* más que una ley de hierro de la historia. Una conquista que debe protegerse frente a cualquier amenaza. Así que cuando el ejército de reserva —toda esa miseria acumulada— lucha por organizarse —ni siquiera para contraatacar sino simplemente para sobrevivir a su manera— los funcionarios municipales, en representación de intereses particulares de clase tienden a responder con violencia, intentando recuperar desesperadamente su control sobre una gente que representa no sólo una manifestación visible de las horribles desigualdades que necesariamente marcan la economía política capitalista, sino que, mediante su autogestión, muestra que, de hecho, existen alternativas a ella. Rasgan tiendas. Queman pertenencias. Echan a los sin hogar fuera de la ciudad. Miran hacia otro lado ante la mortalidad excesiva que enfrentan los más pobres de entre nosotros y hacen muy poco para ponerle fin.

La violenta destrucción de las ciudades-campamento situadas bajo la autopista por parte de la policía de St. Petersburg, y el intento de la municipalidad de encarcelar a las personas sin hogar en un campamento tan alejado de las carreteras «que nunca [los] verás» difícilmente lo hace único en los anales del urbanismo estadounidense. Es simplemente la otra cara de la tradicional práctica de la expulsión de personas sin hogar —es decir, mandarles rumbo a otro lugar— si no pueden probar que de algún modo “pertenecen” a la ciudad. Ésta es una antigua práctica, heredada de Europa y que se presenta en varias formas, desde el arresto a personas pobres acusadas de vagancia y la suspensión de la sentencia bajo promesa de dejar la ciudad, a la más reciente invención de la llamada ‘terapia Greyhound’: práctica que realizan diversas ciudades que consiste en dar a las personas sin techo un billete

⁴ Las políticas punitivas y violentas hacia las personas sin hogar, y la persistente popularidad de las leyes anti-indigentes están bien documentadas. La mejor fuente para entender su amplia aceptación son los informes periódicos de la National Law Center on Homelessness and Poverty (www.nlchp.org), el último corresponde al año 2011 (National Law Center on Homelessness and Poverty, 2011).

de autobús sólo de ida hacia otro lugar, en lugar de ofrecerles el obligado refugio (Greyhound es la principal compañía de autobuses interestatales de Estados Unidos)⁵.

La ciudad de Ontario, California, ha desarrollado recientemente una nueva variación de esta vieja práctica de la ‘expulsión’. Durante varios meses a principios de 2008, la policía y los trabajadores sociales recorrieron los espacios intersticiales de la ciudad, localizando a personas sin hogar y animándoles a trasladarse a un ‘Área Temporal de Servicios a Personas sin Hogar’ – un campamento vallado en un solar sin uso. Sin embargo, en marzo de 2008 la policía y otros funcionarios bajaron al campamento y exigieron a sus habitantes probar que eran residentes de Ontario. Aquellos que no pudieron hacerlo —todos excepto 127— fueron expulsados y obligados a salir de la ciudad. Entonces la municipalidad confiscó las pertenencias de los residentes que aún quedaban, arrasó el campamento, y lo reconstruyó, disponiendo filas de tiendas idénticas, reforzando el vallado, poniendo guardias de seguridad, y estableciendo una larga lista de reglas y regulaciones que no podían ser infringidas bajo pena de expulsión, entre las que se incluían, como en St. Petersburg, un toque de queda restrictivo (Ehrenreich, 2009)⁶.

Más hacia el norte, en Sacramento, han existido desde hace tiempo ciudades-campamento autogestionadas en la llanura aluvial de los ríos American y Sacramento, en su confluencia cerca de la ciudad. A medida que los campamentos aumentaban con la intensificación de la crisis económica después de 2008, cada vez más gente encontró en ellos una forma de solidaridad mediante la autogestión. Los campamentos, frente al río desde el centro de rascacielos y cada vez más a la vista de los conductores que entran diariamente a la ciudad por las autopistas cercanas, fueron creciendo y haciéndose inevitablemente visibles. Dentro de los campamentos se estaba desarrollando algo importante. Como dijo uno de los trabajadores de un centro de servicios para personas sin hogar cercano, en el campamento de Sacramento:

Hay una forma muy pura de democracia y de autogobernanza en juego. La gente está componiendo las reglas de sus grupos de tiendas, decidiendo qué está permitido, como en cualquier tipo de comunidad. No hay que idealizarlo —no es una acampada de ocio— pero existe una comunidad y un sentido de ayuda a los demás (Burkeman, 2009:27).

Tal autoorganización era intolerable para los padres de la ciudad⁷, especialmente después de que una visita de la presentadora televisiva Oprah Winfrey a finales de 2008 convirtiese la ciudad-campamento de Sacramento en una sensación internacional en los medios de comunicación. El alcalde Kevin Johnson se apresuró a cerrarlo, obligando a muchos residentes a trasladarse a un complejo vallado —que llamaron ‘Albergue de Invierno’— en el cercano estado de Fairgrounds. Cuando el Albergue de Invierno cerró más adelante, las personas sin hogar volvieron otra vez a sus campamentos a la orilla del río donde se desarrolla

⁵ Un buen relato en Kusmer (2002), defiende que las personas sin hogar han intentado protestar contra la práctica de la expulsión, reivindicando que viola el derecho constitucional a viajar (que lleva aparejado el derecho corolario a quedarse), pero han obtenido resultados desiguales. Examino alguno de estos ejemplos en Mitchell (2003). Para un excelente informe sobre uno de los intentos de expulsión de todas las personas sin hogar y la lucha legal en contra, ver Takahashi (1998).

⁶ La forma usual en la que se prueba la residencia es con una licencia de conducir que incluya una dirección permanente, o la factura de un servicio público, un alquiler o hipoteca — documentos que una persona sin hogar es muy difícil que tenga. A veces se puede probar la residencia cuando un pariente con casa o un trabajador de un albergue responden por una persona sin hogar. Debido a este problema (que también hace difícil votar) muchos albergues ahora permiten a las personas sin hogar utilizar su dirección como propia, incluso si no se están quedando allí. Otros albergues tienen servicios de apartados postales que permiten a las personas sin hogar recibir correo en una dirección fija y que por tanto establecen residencia.

⁷ De vuelta en St. Petersburg, un residente de una de las ciudades-campamento lo expresó perfectamente: «Cada vez que ganamos liderazgo, ellos (los líderes) consiguen un billete de autobús fuera de la ciudad» (citado en el St. Petersburg Times, 30 de diciembre de 2006).

hasta hoy en día una guerra de posiciones de baja intensidad entre acampados sin hogar y sus defensores, y la ciudad que se quiere librar de ellos (Vollman, 2011:29-46).

La historia de Sacramento o de Ontario —una historia de personas desesperadamente pobres viviendo a la sombra de una gran riqueza⁸— se podría contar (con variaciones) en numerosas ciudades de todo el país. Tan pronto como las ciudades-campamento se organizan lo suficiente como para ofrecer un poco de seguridad y autonomía a sus residentes, son destruidas. A los residentes les arrean como ganado a complejos vallados o simplemente se dispersan. El poder, al parecer, no puede tolerar las tiendas de campaña. Existen varias razones, la más destacada es esta: que las ciudades-campamento controladas por sus residentes representan la lucha de los pobres por transformar las condiciones bajo las que están obligados a vivir, por tomar control de sus propias vidas y por vivir de un modo *distinto* al que la sociedad dominante y sus instituciones querrían. Representan la propia posibilidad de la *diferencia* — del espacio diferenciado.

Una de las víctimas de la larga historia de amor entre los teóricos del espacio y Henri Lefebvre es que hemos perdido de vista la idea central de su argumento. Muchos de nosotros tenemos tendencia a pensar que su teoría de la producción del espacio es un fin en sí misma, y demasiado a menudo tomamos su famosa triada dialéctica (representaciones del espacio, espacios de representación, prácticas espaciales) como la máxima expresión de su teoría. Por supuesto esta triada *es* una técnica de investigación útil para examinar cómo las facciones contendientes luchan por y en el espacio; y por supuesto el romanticismo de su esencia (que todos estamos involucrados en la producción del espacio) es atractiva. Pero para Lefebvre, era sólo un paso más de su argumento, que se refería principalmente a la producción del espacio *en el capitalismo*. La cumbre de su teorización no era la triada dialéctica, sino más bien su teoría de la producción del *espacio abstracto* — el espacio de la economía capitalista (en su origen) y de las sociedades que hizo posible. El espacio abstracto representa para Lefebvre el mismo papel teórico que el que juega el trabajo abstracto para Marx: ambos son algo por lo que el capitalismo siempre tiene que luchar, y que hacen el capitalismo posible. La producción capitalista del espacio debe siempre abstraer el espacio real, abstraer su diferencia; tiene que hacer cualquier diferencia *conmensurable*, intercambiable; tiene que hacer X cantidad de este espacio igual a Y cantidad de aquel espacio, a pesar de sus diferencias materiales reales, de sus diferencias en el valor de uso. Igual que la transformación de todo el trabajo en trabajo abstracto es el punto final necesario de las relaciones capitalistas de producción de valor (la llamada ‘teoría del valor’), así también la transformación de todo el espacio en espacio abstracto es el punto final de la producción capitalista del espacio. La triada dialéctica es un medio de entender las dinámicas en el corazón de la lucha por el espacio abstracto, sus manifestaciones históricas y geográficas, del mismo modo que el concepto de ‘tiempo de trabajo socialmente necesario’ de Marx es un medio de entender las dinámicas en el corazón de la lucha por el trabajo abstracto, sus manifestaciones reales en la fábrica o en el conjunto de la comunidad (Marx, 1987; Lefebvre, 1991; Harvey, 1982).

Lefebvre defendía que había solo una fuerza capaz de detener la ‘ocultación de toda diferencia’ que provocan las producciones capitalistas de espacio abstracto: la lucha de clases. La lucha de clases afirma la diferencia, impone la diferencia, produce diferencia, desmercantiliza la diferencia. Pero para que la diferencia desmercantilizada se concrete como una fuerza real opuesta a la producción capitalista del espacio y de las relaciones sociales, debe producir un nuevo espacio, una base sólida. Las tiendas de campaña no son demasiado sólidas. Se pueden arrancar, rajar, incendiar completamente, y se puede destrozar su valor de uso. Y *es ahí precisamente donde radica su poder*. La demostración de que la recupera-

⁸ Sacramento fue una de las ciudades con más crecimiento económico de las dos últimas décadas.

ción del espacio —su transformación de espacio abstracto en espacios diferenciados— sólo puede constituir una lucha constante, nunca un logro definitivo. Las tiendas dicen simbólicamente: «mi vida *distinta* de mi vida en el capitalismo sólo puede ser endeble, siempre sujeta a la destrucción (por el capitalismo), pero es *distinta* de la vida en el capitalismo; es una alternativa real» y *debe ser defendida*. En cuanto la destruyas, la reconstruiremos. Las tiendas son temporales; lo que representan es permanente — tanto la explotación y opresión permanentes que son el centro necesario de la economía política capitalista, como la resistencia permanente pero siempre cambiante que ésta encuentra.

Las tiendas en medio de la ciudad son particularmente eficaces en este sentido. Dejan claro que la ciudad es una ciudad *capitalista* — una ciudad violenta y destructiva, precisamente la ciudad de la que hablaba Engels hace más de ciento cincuenta años cuando dijo que la burguesía no tenía más solución al problema de la vivienda que desplazarlo. Dejan claro que el refugio ofrecido para la mayoría por y en la ciudad capitalista no puede ser sino igualmente endeble, igualmente sujeto a ser desmantelado, destruido, y su valor de uso destrozado. Esto se conoce como: desalojo, embargo, gentrificación y otros términos en apariencia menos violentos.

Las ciudades-campamento construyen y señalan un espacio de lucha de clases, una lucha por la diferencia, y hacen esa lucha —y su necesidad— dolorosamente visible. Exponen las desigualdades en el seno de la ciudad capitalista con una fuerza y una eficacia —debidos a su vulnerabilidad y a su permanencia relativa— que no puede ser afirmada de muchas otras formas. Dejar clara la violencia del espacio abstracto capitalista, la violencia de una ciudad (y de una economía política) hecha con su lógica. Por esa razón deben ser destruidas, y sus habitantes acorralados o expulsados. El poder aborrece las tiendas de campaña, precisamente por lo que las tiendas demuestran que es el poder: la supresión constante de la diferencia real y vivida, de la diferencia con una lógica propia, que aunque es producida por las relaciones capitalistas de producción y acumulación no obedece a esas relaciones, y podría intentar derrocarlas⁹.

El acierto del movimiento Occupy Wall Street no fue que produjera un nuevo espacio sino que tomó —reclamó— uno que ya existía y lo transformó de una abstracción (‘espacio público de propiedad privada’) en un espacio diferenciado, un espacio de organización y lucha. El mayor acierto de Occupy Wall Street fue que levantó tiendas. Ha sido precisamente esta acción simbólica lo que ha dado al momento su gravedad y su poder, su elevada resonancia a través de los Estados Unidos y alrededor del mundo¹⁰. Las tiendas son importantes, y ciudad tras ciudad en las que se han montado campamentos de Occupy, los funcionarios municipales han entrado en pánico y han actuado de un modo análogo al que lo hicieron los padres de la ciudad en St. Petersburg en 2007, al principio tolerando y animando las

⁹ Esta no es una amenaza frívola. La historia estadounidense está llena de campamentos de trabajadores radicales, transeúntes, veteranos de guerra, y otros que supusieron tal amenaza que no era inusual que se llamara a milicias, vigilantes organizados y al mismo ejército para desalojarlos, con mangueras, gases lacrimógenos y a veces incluso munición. El caso más famoso fue probablemente cuando el presidente Hoover movilizó al Ejército y le ordenó utilizar munición real contra miles de manifestantes desempleados del movimiento por las bonificaciones a los veteranos de la Primera Guerra Mundial (Bonus Marchers) acampados cerca del Edificio del Capitolio en Washington DC en 1932; no lejos de donde se encuentra la actual ciudad-campamento de Sacramento el gobierno del estado movilizó a la milicia para desalojar a miles de trabajadores necesitados, organizados en el ‘Ejército de Coxey’, acampados cerca del Capitolio del estado en 1913, dispersándolos con potentes cañones de agua y cargas a caballo (un Ejército de Coxey anterior, junto a su contraparte el Ejército de Kelley habían sido una importante fuerza de contestación durante las depresiones de 1890).

¹⁰ Obviamente OWS no es un caso singular. Tiene raíces claras en las protestas de la Primavera Árabe, de los Indignados de España, y las protestas griegas contra la “austeridad” forzosa. También en ocupaciones realizadas previamente en edificios de la universidad en protesta por la destrucción de la educación pública en toda Europa y Estados Unidos. Y en las protestas coordinadas contra la redistribución alcista de riqueza y la consiguiente destrucción de instituciones de reproducción social en Wisconsin, Ohio y en otros lugares en invierno de 2011.

ciudades-campamento, y luego volviéndose rápidamente violentos contra ellas, haciendo redadas con porras y cargas a caballo, cañones de agua y gases lacrimógenos, cúters y *bulldozers*. Como en St. Petersburg, Sacramento u Ontario, la ‘infracción de normativas’ y una pretendida preocupación por la salud y la seguridad de los residentes de las ciudades-campamento se ofreció como coartada ideológica para la violencia, una violencia directamente proporcional a la proximidad espacial del campamento Occupy al corazón del poder de una determinada ciudad o región (Wall Street en Nueva York, el ayuntamiento en Oakland, las oficinas centrales de los partidos Demócrata y Republicano en Des Moines, Iowa). Las tiendas en el corazón del poder demuestran lo corrupto que se ha vuelto ese poder; la violencia de la respuesta demuestra lo impotente que se está volviendo.

Tomar el espacio en el corazón de la ciudad capitalista, y retenerlo tan bien y tanto como se pueda: esto es lo que hace al movimiento Occupy tan vital, tan importante. En ese espacio se ponen en juego nuevas formas de vivir, nuevas formas de ser, nuevas formas de organizar la vida. El espacio abstracto es “descubierto”, tal como era, y en el proceso se forma una clase, se descubre la identidad *dentro de* la diferencia (Ehrenreich & Ehrenreich, 2012). Esta reinención —de espacio, clase y vida— no es necesariamente una tarea fácil o agradable; es simplemente una tarea necesaria. Y los guardianes de la ciudad capitalista deben hacer todo lo que puedan para impedirla. Pero los residentes de las ciudades-campamento de St. Petersburg o Sacramento podrían habérselo dicho. Han estado viviendo por años, por décadas, *por siempre*, precisamente la reinención —la recuperación— del espacio urbano abstracto que el movimiento Occupy está descubriendo ahora.

La gran teórica de los movimientos sociales Frances Fox Piven ha defendido recientemente que el movimiento Occupy tiene mucho que aprender de los pobres y mucho que ofrecerles. Ve la posibilidad de un nuevo y potente movimiento de masas, finalmente del despertar de una gran lucha de clases, y merece la pena no sólo desear que tenga razón sino trabajar duro para garantizar que tiene razón. Pero se equivoca cuando dice, como parte de su descripción de cómo se puede desarrollar una nueva política obrera, que «en muchos lugares las personas sin techo se han unido a los campamentos. Es un comienzo. Pero no es suficiente» (Fox Piven, 2012:33-34). Tiene razón al decir que no es suficiente; es la primera parte de su afirmación la que está equivocada. No es que las personas sin hogar estén comenzando a unirse a los campamentos, sino que los integrantes de Occupy están comenzando a unirse a las personas sin techo, precisamente donde éstas han estado tanto tiempo — en sus ciudades-campamento, provocando al poder con una afirmación simple, elocuente, de nylon: es hora de crear un nuevo mundo; es hora de poner fin a la tiranía del espacio abstracto. Esta tienda es desde donde empezamos.

Bibliografía

- BURKEMAN, Olivier (2009) “United States: Out in the Open: Recession Exposes America’s Homeless Underclass”, *The Guardian*, 27 de Marzo de 2009, p. 27.
- EHRENREICH, Ben (2009) “Tales of Tent City”, *The Nation*, 3 de Junio de 2009, disponible en: www.thenation.com/print/article/tales-tent-city, fecha de consulta: 15-11-2012.
- EHRENREICH, Barbara & EHRENREICH, John (2012) “The Making of the American 99 Percent”, *The Nation*, 2 de enero de 2012, pp: 19-21.
- FOX PIVEN, Francis (2012) “A Proud, Angry Poor: What the Occupy Movement Could Do for Poor People – and Vice Versa”, *The Nation*, 2 de enero de 2012, pp. 33-34.
- HARVEY, David (1982) *The Limits to Capital*, Chicago: University of Chicago Press.
- KUSMER, Kenneth L. (2002) *Down and Out, On the Road: The Homeless in American History*, Oxford: Oxford University Press.
- LEFEBVRE, Henri (1991) *The Production of Space*, Oxford: Blackwell [1º ed. (1974) *La Production de l’espace*, Paris: Anthropos].

- MARX, Karl (1987) *Capital, Vol. 1*, New York: International Publishers [1° ed (1867) *Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie. Band 1: Der Produktionsprozess des Kapitals*, Hamburg: Meissner].
- MITCHELL, Don (2003) *The Right to the City: Social Justice and the Fight for Public Space*, New York: Guilford.
- (2011) “Homelessness, American Style”, *Urban Geography* 32, pp: 933-955.
- MITCHELL, Don & HEYNEN, Nik (2009) “The Geography of Survival and the Right to the City: Speculations on Surveillance, Legal Innovation, and the Criminalization of Intervention”, *Urban Geography* 30, pp: 611-632.
- NATIONAL LAW CENTER ON HOMELESSNESS AND POVERTY (2011) *Criminalizing Crisis: the Criminalization of Homelessness in U.S. Cities*, Washington DC: National Law Center on Homeless and Poverty, disponible en: <http://www.nlchp.org/content/pubs/11.14.11%20Criminalization%20Report%20&%20Advocacy%20Manual,%20FINAL1.pdf>, fecha de consulta 15-11-2012.
- SERMONS, M. Williams & WITTE, Peter (2011) *A Research Report on Homelessness: An In Depth Examination of Homeless Counts, Demographic Drivers, and Changes and Changes at the State and National Levels*, National Alliance to End Homelessness and Homelessness Research Institute (Enero de 2011), disponible en <http://www.endhomelessness.org/content/article/detail/3668>.
- TAKAHASHI, Lois (1998) *Homelessness, AIDS and Stigmatization: The NIMBY Syndrome in the United States at the End of the Twentieth Century*, Oxford: Oxford University Press.
- VOLLMAN, William T. (2011) “Homeless in Sacramento: Welcome to the New Tent Cities”, *Harpers Magazine*, marzo de 2011, pp. 29-46.

Traducción: Nerea Morán Alonso